

JORGE LLOPIS

LA  
REBELIÓN  
DE LAS  
MUSAS



LA REBELIÓN DE LAS MUSAS es una regocijante colección de poemas bufos en los que se parodian estilos y autores famosos, dando divertidas caricaturas que van desde el marqués de Santillana y los romances populares hasta García Lorca. El desenfadado humor de Llopis, que somete a grotescas deformaciones los textos y los estilos aparentemente mas respetables, reduce al absurdo muchas convenciones poéticas y demuestra un extraordinario virtuosismo en el manejo del verso cómico.

# MI ROMANCERO PARTICULAR

## ROMANCE DE LAS MADRES DESNATURALIZADÍSIMAS

Por una puerta excusada  
de su caserón, altiva,  
salió una noche de enero  
la condesa doña Herminia.  
Pina era la calle; pinos  
el encintado y la orilla,  
y la estación ferroviaria,  
que al final se hallaba, Pina.  
La meta de aquella extraña  
y nocturna correría  
era el abandono aleve  
de una tierna criaturita,  
que la condesa, prudente,  
por si el vulgo la advertía,  
envuelta en papel de barba  
llevaba bajo la axila.  
Vestía la dama un traje  
verde, de crespón de china,  
con sobrepuestos, encajes  
de Bruselas y Malinas,  
caireles de seda negra,  
lentejuelas amarillas,  
y capa de terciopelo  
con tres o cuatro esclavinas,  
fornadas en seda malva,  
de cuyos bordes pendían  
catorce rabos de zorra  
(adorno que a doña Herminia,  
por si fuera una alusión,  
mucha gracia no le hacía)

y en la frente una diadema  
de labrada pacotilla  
en cuyo centro, una placa  
de esmaltes y perlas finas,  
representaba a lo vivo  
la toma de la Bastilla.  
Con tan sencillo atavío,  
llegó a la estación, que hervía  
de pregones populares,  
y tras de comprar, furtiva  
y triste, dos cucuruchos  
de saladas almendritas,  
en el centro de un andén  
así apostrofó a la niña:  
«¡Hija de mis entretelas,  
tierna y dulce palomita...  
aunque, por san Nicolás  
de Bari, que con la prisa,  
no recuerdo si eres niño,  
o en cambio naciste niña;  
detalle de poca monta  
que no ha de causarte inquina  
hasta el instante crucial  
en que hayas de entrar en quintas!  
Para que, como es lo clásico,  
te reconozca algún día,  
déjote algunos objetos  
que me servirán de pista:  
un medallón con la efigie  
de don Tirso de Molina;  
un perchero de caoba  
por si el que te adopta ¡ay, hija!  
quiere dejar el sombrero  
o colgar la gabardina;  
un sofá, dos maceteros,  
y en esa mesa camilla,

fichas, un parchís, un gato  
y doña Encarna García,  
que es la señora que teje  
con fruición una toquilla,  
y en este momento mengua,  
porque ha llegado a la sisa.  
Y por si a las buenas almas  
que te adoptan algún día  
les pide el cuerpo de pronto  
tomar cualquier golosina,  
piscolabis, refrigerio,  
chirlomirlo, gollería,  
chocho, jera o peteretes,  
te dejo aquesta tortilla,  
rica fruta de sartén  
de la hispánica cocina.  
Y... ¡vaya!, para que veas,  
dejo también, hija mía,  
uno de los dos cartuchos  
de almendras, que están riquísimas,  
porque, ¿qué no hará una madre  
por el ser a quien dio vida,  
aunque la alumbre de extranjis,  
como yo, que con malicia  
te alumbé sobre el pescante  
de una de nuestras berlinas,  
disfrazada de cochero  
vestido a la federica?  
¡Se me parte el corazón!  
¡Adiós, adiós, corderilla!  
¡Ay, lo que cuestan los hijos!...  
Y, convulsa, dolorida,  
desmadejado y llorosa,  
aquella mujer indigna,  
del blasón, de la prosapia  
y del apellido víctima,

lloró sentada en un banco,  
mientras el convoy partía,  
apoyada sobre el pecho  
del jefe de la Consigna.

## LA DILIGENCIA DE PRIEGO

A Antonio Mingote, un chico que  
creo que promete.

Siete caballos llevaba  
la diligencia de Priego.  
Tres caballitos son blancos,  
uno tordo, otro careto,  
y los otros, a cuadritos  
escoceses, verde y negro.

Siete caballos llevaba  
la diligencia de Priego.  
En sus grupas de perol  
de cobre, siete reflejos,  
siete aciales en sus bocas,  
siete cinchas en sus pechos,  
siete trotes en sus patas...  
es decir, la cuenta haciendo:  
a cuatro patas por barba,  
veintiocho y dos me llevo.

Siete caballos llevaba  
la diligencia de Priego.  
Si siete son los caballos,  
seis eran los pasajeros,  
repartidos de esta forma,  
según dicta el Reglamento  
de Carricoches, artículo  
cuarto, párrafo primero:  
los caballos, lo de fuera,  
y la gente, lo de dentro.

Siete caballos llevaba

Siete caballos llevaba  
la diligencia de Priego.  
En el pescante, mascando  
su tagarnina, taheño,  
desdentado, narigudo,  
lomiquebrado, apoplético  
y picado de viruelas;  
en fin, señores, más feo  
aún que pegarle a un padre  
con el volumen primero  
de la *Enciclopedia Espasa*:  
la «A», si mal no recuerdo.  
En el pescante —decíamos—  
va el postillón: Eleuterio,  
que para anunciar su paso  
de vez en vez toca un cuerno.  
No suyo, sino de cobre  
bruñido; puntualicemos.

Siete caballos llevaba  
la diligencia de Priego.  
Y los bandidos no bajan  
por trochas y vericuetos,  
por la bolsa o por la vida  
de los incautos viajeros...  
¿Dónde están los Siete Niños  
de Écija, que no los veo?

El mayoral era uno,  
Y los otros iban dentro:  
los Siete Niños de Écija,  
tranquilos y modestos,  
con su dinero en el banco,  
con sus relojes de precio,  
con sus Saltitos del Sil,  
Explosivos e Iberduero,  
retirados del negocio,

miraban llenos de miedo  
los olivares en sombra,  
musitando un padrenuestro.

Siete caballos llevaba  
la diligencia de Priego.

*ROMANCE UN POQUITO GITANO*

Mariana toca un pandero  
redondo como una alberca.  
El viento también lo toca  
con dedos de verde niebla.  
En las veredas del cielo  
se rompen las estafetas  
y sin papel del Estado  
se quedan las madre selvas.  
El río, a treinta por hora,  
circula por su derecha,  
y se para si se apagan  
semáforos de luciérnagas.  
Mariana toca su parche,  
que es un trasero en cuaresma.  
A sus sonos, los gitanos  
pan y tomate meriendan,  
por no encontrar otra cosa  
de más gusto y consistencia  
en el bostezo de pámpanos  
de su escuálida despensa.  
Mariana, siempre tocando,  
de las cosas no se entera,  
ni sí es invierno o verano,  
o Adviento o Carnestolendas.  
Ella, toca que te toca  
su rueda de bicicleta,  
sin importarles un pepino  
la nohecita morena.  
Los gitanos que la escuchan  
tienen dolor de cabeza  
y se taponan los tímpanos

con aceitunas rellenas.  
Y reniegan entre dientes  
de la rítmica molestia,  
y del ardor que en el parche  
pone la gitana histérica.  
Al conjuro de Mariana  
el Universo parchea:  
toca el pandero el Escalda  
a su paso por Bruselas;  
tocan también a porrillo  
los nativos de Inglaterra,  
y el Lord del Sello Privado  
toca el pandero en Chelsea.  
En sus axilas la noche  
tiene diviesos de estrellas,  
y un serrucho de cigarras  
le rasga la camiseta.  
Mariana toca llorando  
su plaza de toros negra,  
y su repertorio alcanza  
de Brahms a *La Marsellesa*.  
En el olivar, que pasa  
con toda la noche a cuestras,  
Mariana sigue tocando  
y da una lata tremenda.

*BALADILLA DE LA NIÑA ENCERRADA*

¡Toc, toc! Ábreme la puerta,  
niña de los ojos negros.  
No te peines, si te peinas  
tu desmayado cabello,  
partido en dos por la raya,  
que es ruta, trocha y sendero  
y autopista de peaje  
de mis ansias y mis sueños.  
¡Ay que el almendro florece,  
lleno de flores de almendro,  
pues llenarse de otra cosa  
resultaría indiscreto!  
¡Toc, toc! Ábreme la puerta,  
niña de perfil moreno  
que estoy en el descansillo  
de tu piso, el Bajo centro  
¡Ay qué latir de triángulos  
isósceles y escalenos!  
¡Ay qué sueño de delfines  
tienen los Seat 600!  
¡Toc, toc! Ábreme la puerta,  
que no he de robarte besos,  
ni he de causarte hematomas  
con pellizcos virulentos,  
que el nácar de tus caderas  
siembren de morados pétalos.  
Quiero cobrar los recibos  
—diciembre, enero y febrero— del  
«Seguro Sanitario  
de San Juan Nepomuceno»,  
sociedad acreditada

con un amplío cuadro médico.  
Y por si acaso fallase,  
—porque todo hay que preverlo—  
el socio beneficiario  
tiene derecho a un entierro  
con coche-estufa, blandones,  
coronas de pensamientos,  
y tres curas, que en latín  
—si saben— dicen sus rezos.  
Considera, niña hermosa,  
que puedes tener impétigo,  
asma, tos, acné, prurito,  
caquexia y estreñimiento,  
e incluso cosas más graves.  
¡Ay, que se mustia el espliego!  
¡Ay, que se mustia la juncia!  
¡Ay, que se mustia el romero!  
Si pagas, derecho tienes  
a un quirófano estupendo,  
donde en tu honor, si se tercia,  
se celebrará al momento  
un baile de batas blancas,  
de fórceps y de cauterios,  
con serpentinas de gasa  
y champaña de anestésicos.  
¡Ay, que se mustia la Deuda  
al Cuatro y Medio por Ciento!  
¡Toc, toc! Ábreme la puerta,  
niña de los ojos negros.

## ROMANCE DE LOS PAPANATAS

A la graciosa memoria de Fernando Perdiguero, maestro de humoristas

Con un bostezo de arenque  
hecho suspiro en sus branquias;  
con palurdas metafísicas  
y teoremas de alpargata;  
con el paso gasterópodo  
que deja un rastro de baba,  
por la ciudad —humo y frenos—  
pasean los papanatas.  
Tienen en sus entretelas  
hambre de cal y argamasa,  
por eso miran las obras  
de la Babilonia urbana,  
donde —férreo cocodrilo—  
la excavadora se explaya,  
e indecente, a los solares  
va y les pellizca las nalgas.  
Inspectores de vehículos  
los han nombrado en España,  
porque rodean el coche  
nuevo, de exótica marca,  
y lo contemplan y admiran  
—nadie sabe en qué trabajan—  
y hasta se les ve la hache  
del ¡oh! de asombro que lanzan.

Como Robinsones tontos  
sin Viernes, isla ni nada,  
por la ciudad —guardia y multa—